

MERLEAU-PONTY: INSTITUCIÓN Y EDIPO

MERLEAU-PONTY: INSTITUTION AND OEDIPUS

Lic. Cintia Lucila Mariscal
(UBA/IIGG), Buenos Aires, Argentina
cintimaris@gmail.com

Resumen: En el curso dictado en *Collège de France* sobre la institución y la pasividad, Merleau-Ponty le otorgó una importancia particular a las problemáticas freudianas. La sexualidad y muy especialmente el Complejo de Edipo, es presentado como ejemplo de la institución humana en un doble sentido: en cuanto clase de institución que se diferencia de la institución vital y como una institución antropomórfica. Sus momentos –sexualidad prepuberal, período de latencia, pubertad– ejemplifican la estructura de toda institución: la anticipación, el desvío y la reanudación y ponen de manifiesto su temporalidad propia.

En vistas a la importancia del Complejo de Edipo en la arquitectura general del curso, el presente trabajo tiene por objetivo reponer la interpretación realizada por Merleau-Ponty a los efectos de comprender la especificidad de la institución humana. De este modo, se pretende realizar una aproximación al vínculo entre temporalidad e institución tal como Merleau-Ponty lo considera en el curso en cuestión.

Palabras clave: institución, complejo de Edipo, psicoanálisis, fenomenología.

Abstract: In the course dictated in Collège de France on the institution and the passiveness, Merleau-Ponty granted a particular importance to the Freudian problematics. The sexuality and very specially the Complex of Oedipus, is presented as example of the human institution in a double meaning: regarding a type of institution that differs from the vital institution and as an anthropomorphic institution. Its moments – prepuberal sexuality, period of latency, puberty – exemplify the structure of any institution: the anticipation, the detour and the resumption and they reveal his own temporality.

In conference to the importance of the Complex of Oedipus in the general architecture of the course, the present work has for aim re-put the interpretation realized by Merleau-Ponty to the effects of understanding the specificity of the human institution. Thus, one tries to realize an approximation to the link between temporality and institution as Merleau-Ponty considers it in the course in question.

Keywords: institution, Oedipus complex, psychoanalysis, phenomenology.

INSTITUCIÓN Y VIDA. CARTOGRAFÍA DE UN PROBLEMA¹

En 1954 Merleau-Ponty dictaba un curso en el *Collège de France* cuyo tema general era el de “La institución en la historia personal y pública”. Solo basta iniciar su lectura para advertir que nada en este título va de suyo. Comprender su sentido exige un trabajo de interpretación que sea capaz de sopesar la originalidad con la que Merleau-Ponty planteaba las coordenadas fundamentales del problema que lo ocupaba: el de la génesis del sentido y el de su historicidad.

Una de las primeras cosas a destacar de este curso es el esfuerzo conceptual de Merleau-Ponty. A diferencia de lo que puede observarse en otros trabajos, aquí no sólo se detiene a señalar las aporías a las que se arriba si se quiere pensar la institución con las categorías tradicionales de la ontología moderna. Sin abandonar ese modo que tiene de construir su pensamiento, abriéndose camino a través de su oposición y diferencia respecto a otras perspectivas, Merleau-Ponty avanza un poco más. La noción de institución revela una dimensión propositiva de su filosofía, un esfuerzo por ponerle nombre no sólo a aquello que no lo tiene en el ámbito de la filosofía de la conciencia —como bien lo señalará en el curso en cuestión— sino también a lo que ya se venía gestando al interior de su propia obra. Todo sucede como si fuera el recorrido de su pensamiento lo que le exigía esclarecer eso de lo que ya hablaba cuando trabajaba instituciones como la expresión, el lenguaje o la historia. Podría ensayarse una lectura retrospectiva y se vería que los elementos para desplegar una teoría de la institución en parte ya estaban presentes con anterioridad a este curso. Así por ejemplo, en *El lenguaje indirecto y las voces del silencio*, Merleau-Ponty vislumbraba la dinámica de la *institución cuya eficacia nunca habrá terminado de experimentar* (Merleau-Ponty, 1973: 64). Ya por entonces, y en el mismo sentido con el que lo hará en el curso del 54', Merleau-Ponty recuperaba la noción husseriana de *Stiftung* para “designar (...) la fecundidad ilimitada de cada presente que, precisamente porque es singular y porque pasa, no podrá nunca dejar de haber sido y por consiguiente de ser universalmente” (Merleau-Ponty, 1973: 70).

¹ El presente trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica, (PICT), “La institución en debate: un acercamiento fenomenológico”, dirigido por la Dra. Mariana Larison (financiado por Foncyt). Ha sido presentado [pero no publicado] en el marco de las II Jornadas Nacionales de Filosofía del Departamento de Filosofía de la Fac. de FyL UBA realizado en julio de 2016.

La institución es definida como un acontecimiento-matriz que funda la posibilidad de una historia porque es condición para la emergencia de nuevos acontecimientos. La institución, al igual que el nacimiento, a partir del momento en que acontece, hace imposible que no suceda nada más, porque es apertura de un por-venir, establecimiento de un futuro y sin ser por ello su causa, su destino o su total determinación. Desde que un nuevo ser nace, dice Merleau-Ponty, "no podría dejar de suceder algo, aunque no fuese más que el fin de esa vida apenas comenzada" (Merleau-Ponty, 1973: 81). La institución, como el nacimiento, es aquel acontecimiento que funda una historicidad porque permite el despliegue de otros que, decisarios o no, sólo habrán sido posibles por lo previamente instituido. Y al igual que éste, la institución no es un "acto" sino que tiene por sujeto a la vida, no entendida como vida de la conciencia —sea en su sentido psicológico como suma de actos psíquicos, o fenomenológico, como polo intencional de actos—, sino como "una intención sin sujeto" como un "campo de presencia". Lo que tiempo después, en sus cursos sobre la Naturaleza, le llevará a afirmar que "la vida —no restringida a la vida humana sino ampliada a todo lo viviente— es la instauración de las bases de la historia" (Merleau-Ponty, 1995: 209). El sujeto de la institución es él mismo instituido e instituyente, es una "cierta inercia [...] —[el hecho de estar] expuesto a...— pero [que] pone en marcha una actividad, un acontecimiento; la iniciación al presente, que es productivo después de él [...]" (Merleau-Ponty, 2012: 4).

Que la institución no sea una operación de la conciencia es lo que le permitirá ampliar su campo de acción a todo lo viviente. En efecto, recuperando los aportes de la embriología, la zoología y la biología que le es contemporánea —en donde se destacan las figuras de Raymond Ruyer, Konrad Lorenz, Coghill, Gessel, entre otros— Merleau-Ponty afirmará que hay institución ya a nivel del desarrollo embrionario.

No en vano un curso sobre la institución en la historia personal y pública se inicia con una referencia breve, pero de una riqueza notable, al vínculo entre la institución y la vida. Allí Merleau-Ponty realiza una lectura de los problemas ligados al desarrollo del organismo, al instinto animal y al fenómeno de la impronta [*Prägung*] desde su teoría de la institución.

Esta generatividad del sentido propio de toda institución también se deja leer en los cursos dictados en la Sorbonne sobre el desarrollo infantil. Aun cuando no la haya llamado así ni una sola vez, podría decirse que la noción de desarrollo

tiene un parentesco estrecho con la de institución. En primer lugar, en cuanto ambas revelan las mismas complejidades a la hora de ser comprendidas. El desarrollo psico-físico del niño exige, al igual que lo hace elucidar la noción de institución, abandonar el biologicismo y el psicologismo, así como revisar los vínculos entre psicología y sociología. No se trata de reducir la cultura al individuo, como si ésta sólo fuera la expansión del drama singular en el plano colectivo, ni tampoco buscar explicar al individuo por su cultura, como si éste no fuera más que una respuesta —y siempre la misma— a las exigencias impuestas por su entorno. El desarrollo de un niño implica un comercio entre lo que viene de él y lo que viene de su ambiente, entre la temporalidad del cuerpo y la de la psique, entre sus deseos y los que el otro le impone. Nada de esto puede pensarse bajo el paradigma causalista y mecanicista porque exige plantear de otro modo la relación entre el interior y el exterior, los procesos de maduración y del aprendizaje, lo fisiológico y lo psíquico, lo público y lo privado.

También desde el punto de vista de su dinámica, la noción de desarrollo encuentra similitudes con la de institución. En efecto, en *Psycho-sociologie de l'enfant*, y en el marco de una discusión con las lecturas mecanicistas e idealistas del desarrollo, Merleau-Ponty planteaba la necesidad de una "concepción dialéctica" en la que éste fuera pensado como "la emergencia de formas nuevas [...] motivadas por fases anteriores", como una "auto-transformación, [...]", en suma, como "un movimiento modificado por su propio movimiento" (Merleau-Ponty 2001: 249). Por entonces Merleau-Ponty le reconocía a la *Gestalttheorie* y a "certos psicoanalistas" el haber formulado esta concepción. A su juicio, en el terreno del desarrollo de la sexualidad, el psicoanálisis dejaba leer un proceso de "auto-transformación, [de] acción reciproca de la libido ["condición interna"] y del medio ["milieu"] parental" (Merleau-Ponty, 2001: 249).

Esta familiaridad entre la noción de institución y la de desarrollo permite comprender mejor los primeros temas abordados en el curso, referidos a la institución y la vida [del organismo, del animal y del humano]. En efecto, una vez presentado el problema en sus líneas generales, Merleau-Ponty anticipa la organización del curso realizando una división entre la institución personal e interpersonal y la institución histórica. A la primera parte le concierne la institución de un sentimiento, de la obra de arte, del lenguaje y la cultura, ámbitos a los que Merleau-Ponty le reconoce una historicidad —entendida como "historia personal

o intersubjetiva" (Merleau-Ponty, 1969: 50). En la segunda parte en cambio se detiene en la cuestión de la Historia en el sentido convencional del término, cuya lectura desde la teoría de la institución la comprenderá como Historia pública, y que se irá jalonando a partir de una doble crítica; a la filosofía de la historia hegeliana y al estructuralismo, espacialmente de Lévi-Strauss. Sin embargo, decíamos, el curso se inicia con un apartado sobre la institución y la vida que, en esta cartografía inicial es presentada como "instituciones prehistóricas" (Merleau-Ponty, 2012: 8) y en donde Merleau-Ponty trabaja tres temas que a primera vista parecen no tener relación: el desarrollo embrionario, la impronta animal y el desarrollo de la sexualidad humana. Pero este orden no es azaroso. Merleau-Ponty considera que es preciso partir de la reflexión sobre el vínculo entre el organismo y el animal con su medio "para encontrar el verdadero sentido de la institución humana" (Merleau-Ponty, 2012: 20). De modo que esta organización temática parece más bien responder a una suerte de tarea propedéutica. Y esto en un doble sentido: primero, el recorrido por el problema de la institución en el organismo y en el animal le permiten a Merleau-Ponty presentar la especificidad de la institución humana, restituyendo el debate entre naturaleza y cultura pero redefinido ahora bajo las exigencias de su teoría de la institución. En pocas líneas es posible afirmar que la introducción de la noción de institución en estos dominios de la vida hace imposible escindir un ámbito fisiológico o biológico puro que pueda desarrollarse a expensas de una relación expresiva con su medio ambiente. De allí que Merleau-Ponty encuentre como denominador común a todo lo viviente una imbricación con su situación, y entienda a toda acción —aún la más impersonal como puede ser el desarrollo de un tejido— como una suerte de respuesta con mayor o menor grado de plasticidad, a una solicitud del entorno. Pero la consecuencia inmediata de definir la actividad de la vida bajo esta clave es que, por un lado hace tambalear la oposición entre un ámbito de no institución —la naturaleza— y un ámbito instituido —la cultura— y, por otro, obliga a repensar en el dominio de lo humano aquello que era considerado como mera maduración biológica.

El hombre no es cuerpo biológico más conciencia, porque como se mostró señalando la actividad de institución en el animal y en el desarrollo embrionario, no hay dominio que permanezca independiente de una relación significativa. La pura biología es una construcción abstracta. De modo que la noción de institución obliga a abandonar las dicotomías establecidas. Ella no es lo opuesto a lo innato,

a lo fisiológico, a lo interno, a la biología entendidos como dominios puros. Si el animal no puede ser definido como un cuerpo instintivo, natural o biológico “recíprocamente el hombre no es animalidad (entendido como mecanismo) más razón” (Merleau-Ponty, 1995: 269). A nivel del hombre no tenemos entonces que restaurar una dimensión biológica natural y buscar su especificidad en el alma o la conciencia. Hay que buscar también en lo que se pretendía natural —el desarrollo sexual— el fenómeno de la institución. De allí que este apartado concluya con la consideración del problema del Complejo de Edipo, tomando a la sexualidad como una institución a estudiar.

La primera tarea propedéutica de este pasaje es entonces plantear la pregunta por la especificidad de la institución humana, pues sólo a ese nivel resulta posible hallar una distinción con el animal. Y lo que parece señalar la especificidad del hombre es su modo de instituir, en lo que refiere al grado de productividad de lo instituido y no una diferencia ontológica entre ambos. Es pues sobre el fondo de la institución animal cómo se recorta la especificidad de la institución humana.

El segundo motivo por el cual Merleau-Ponty inicia el curso con la consideración de estos problemas parece responder a la necesidad de estudiar el lazo entre la historia personal y la pública, en miras a comprender la racionalidad de esta última; “es, pues, estudiando la relación de la persona con la historia pública y [con la] institución anónima como podremos fijar [el] sentido de una racionalidad de la historia pública” (Merleau-Ponty, 2012: 17). Estudiar el desarrollo de la sexualidad o, lo que viene a ser lo mismo, su institución, parece permitir indagar esta relación mejor que cualquier otra institución. Si el complejo de Edipo resulta a este punto ejemplar, es en cuanto hace imposible distinguir el ámbito de lo privado, de lo personal y de lo público. La organización del deseo a tal punto define tanto la singularidad de un ser humano como lo inscribe en un ámbito de cultura. Es por ello que la institución de la sexualidad es lo que permite comprender a la persona misma como institución y no como plena conciencia.

Pero la persona misma [debe ser] comprendida como institución, no como conciencia de... A partir de ese momento, relación extraña. El Edipo [aparece como] privado y público, causante y causado. Toda nuestra sociedad lo impone (culturalismo, cuidado de los niños) y él sostiene nuestra sociedad (conciencia de civilizaciones “his-

tóricas”, acumulativas, edípicas). En verdad, no es casualidad: son dos sistemas simbólicos en el que cada uno da sentido al otro. Lo privado y lo público [están] ligados, no por su compromiso con el acontecimiento, sino por ecos, intercambios, acumulación simbólica (Merleau-Ponty, 2012: 17).

Recapitulando entonces, es posible afirmar que este breve apartado sobre la institución y la vida le sirve a Merleau-Ponty tanto para señalar la especificidad de la institución humana, una vez ampliada la noción de *Stiftung* al ámbito de todo lo viviente, como para, una vez en el terreno de lo humano, indicar el estrecho y extraño lazo que une la historia personal y la pública. El desarrollo de un cuerpo deseante se revela como el terreno fecundo para indagar la transacción, los intercambios entre la subjetividad y el mundo social.

A continuación, nos detendremos en la interpretación que Merleau-Ponty hace del Complejo de Edipo reponiendo los aportes que toma del psicoanálisis freudiano y su lectura del mismo a partir de la teoría de la institución.

INSTITUCIÓN Y EDIPO: EL DESEO COMO BÚSQUEDA HUMANA

En 1960, prologando la obra de Hesnard, Merleau-Ponty reconocía la convergencia entre el psicoanálisis y la fenomenología. Este gesto hacía explícita una propuesta de lectura del pensamiento de Freud, que pretendía ser capaz de recuperar sus intuiciones más valiosas: la escucha “de los rumores de una vida”, la “atención de lo que hay de bárbaro en nosotros”, en suma, su señalamiento de “nuestra arqueología”. De modo que, en este texto tardío Merleau-Ponty radicalizaba su recuperación del psicoanálisis —en parte ya iniciado desde *La fenomenología de la percepción*— despejando su novedad de todo residuo causalista y mecanicista e indicando, como una de las exigencias de la fenomenología, la de proveerle los medios de expresión adecuados o más bien la de realizar la filosofía implícita en el psicoanálisis mismo. Desde la *Fenomenología de la percepción*, el recurso al pensamiento de Freud, y muy especialmente su modo de comprender la sexualidad, le permitió indicar la afinidad entre el psicoanálisis y el método fenomenológico. En efecto la sexualidad, tal como Freud la concibió, no podía reducirse a ser causada por montajes biológicos o fisiológicos que se desarrollarían conforme a un ciclo autónomo de maduración, ni tampoco a ser la expresión de un espíritu que sólo se valiera del cuerpo entendido como su “en-

voltura transparente". Ni conciencia descarnada ni cuerpo como objeto, el pensamiento de Freud exigía, para su comprensión, una filosofía superadora de los dualismos.

Es en este terreno de consideraciones que resulta posible afirmar que la lectura que Merleau-Ponty ofrece del problema del Complejo de Edipo y del desarrollo sexual desde su teoría de la institución, es la puesta en acto de este objetivo general. La interpretación merleau-pontiana de estos temas no sólo indica la significación filosófica del problema de la sexualidad, sino fundamentalmente, contribuye a explicitar la filosofía que el psicoanálisis presupone sin llegar nunca a tematizar. Todo sucede como si Freud en sus trabajos sobre la sexualidad humana hubiese señalado sin quererlo las coordenadas que organizan una reflexión sobre la institución. Ahora bien, ¿de qué modo Merleau-Ponty lee, como en filigrana, el problema de la institución en los trabajos de Freud sobre el complejo de Edipo? ¿Qué aporta esta interpretación del Edipo no sólo al esclarecimiento de una teoría del desarrollo sino también a una de la institución? A estas preguntas habremos de dedicarnos en lo sucesivo.

Merleau-Ponty le reconoce a Freud el haber tenido una "intuición profunda" en el hecho de resistirse a elegir entre una explicación o bien meramente biológica o puramente experiencial de los motivos del sepultamiento del complejo de Edipo. Que el complejo sea superado no depende únicamente de la maduración —como cuando llegado el momento se caen los dientes de leche. Si así fuera, no sería sino un estadio determinado por la herencia —la filogénesis— por un programa congénito [*schedule*], que se desvanecería al iniciarse la fase evolutiva siguiente. Pero las razones tampoco resultan suficientes, si dejando de lado la explicación filogenética se recurre a una ontogenética, capaz de observar cómo en la experiencia individual del niño, organizada a través del complejo, se hallan las condiciones que lo vuelven imposible. El niño se extrañaría —dice Freud— del contenido del complejo de Edipo, es decir de las investiduras libidinales de su entorno parental, debido a las reiteradas situaciones de frustración. El mundo al no responder a las expectativas de su deseo terminaría finalmente por obligarlo a renunciar a él.

Si Freud se rehúsa a elegir entre filogénesis u ontogénesis es porque reconoce que, aun cuando exista un programa [*schedule*] impuesto por la especie, lo que hay que ver es cómo éste surge y es elaborado cada vez y de un modo

singular por el individuo. En esta decisión, que obliga a considerar el modo en que el programa es elaborado [el *working out* del *schedule*] Merleau-Ponty le reconoce a Freud el haber advertido que el desarrollo sexual, si bien sigue los movimientos pretrazados de una dialéctica, nunca lo hace a expensas de la experiencia. Se trata de una “dialéctica concreta” y “actual” (Merleau-Ponty, 2012: 26).

Freud se niega a elegir. Admite los dos. Incluso si hay *schedule*, es necesario estudiar “the way in which the innate Schedule is worked out”.

Esto es típico de Freud: aparente fisiologismo, explicación filogenética tributaria de su tiempo. (Pues incluso la fagocitosis de los dientes de leche [no es {considerada}] hoy *schedule*, sino momento de dinámica. [...] Es necesario entonces el factor ontogenético de la filogénesis, todo desarrollo es dialéctica actual. No hay engrama.

En realidad, reteniendo los dos y hablando del *working out del shcedule*, [Freud tuvo una] intuición profunda: no sólo “explicación psicológica” y dialéctica ideal, sino dialéctica concreta (Merleau-Ponty, 2012: 26).

Al igual que lo había señalado a propósito del desarrollo del organismo, del instinto y de la impronta [*Prägung*] animal, a nivel de la sexualidad tampoco es posible afirmar que su desarrollo se deba a cuestiones meramente internas o corporales o a causas externas, como si ésta no fuera más que un producto del entorno. Si la sexualidad es institución habrá que pensarla por fuera de estos pares opositoriales, considerar su racionalidad interna y el modo en que su despliegue depende del continuo entrelazamiento entre lo somático y lo psíquico, entre la psique y su medio ambiente. Pero ¿cuál es la racionalidad del desarrollo sexual? Merleau-Ponty recupera aquí una vez más a Freud, con la convicción de que la organización propuesta por él —1) de lo pregenital al Edipo, 2) del Edipo a la latencia, 3) de la latencia a la pubertad— expresan el movimiento que inaugura toda institución humana “un pasado que crea una pregunta, la pone en reserva, produce una situación indefinidamente abierta” (Merleau-Ponty, 2012: 28).

El desarrollo de la sexualidad compromete una temporalidad que no es lineal, se trata más bien de un “crecimiento por olas sucesivas o a través de desvíos” (Merleau-Ponty, 2012: 29). El momento edípico es el de una sexualidad imaginaria, una suerte de pubertad psicológica, un impulso del deseo que no se concide aún ni con las posibilidades corporales ni con la realidad, que se sustrae a la

organizada por el deseo del niño. Esta premaduración o anticipación —como la llama Merleau-Ponty— busca de modo inmediato la satisfacción, porque son los procesos primarios y el principio del placer los que prevalecen aún en la psique infantil. La frustración de la situación edípica y su consecuente sepultamiento o represión, implican tanto la renuncia al deseo incestuoso como la interiorización de la Ley, esto es la emergencia de una configuración del deseo que sea acorde con las exigencias de la cultura. El cuerpo del niño, anticipando el deseo adulto, vive la frustración como un desgarramiento. Si para Merleau-Ponty la castración tiene un sentido, es el de limitar la corporalidad del niño hiperbolizada en su fantasía; "el cuerpo propio del niño [es] percibido a través del de los padres, en una relación de identificación con sus cuerpos. Decepción y frustración [están implicadas en la] ruptura de esta unidad. Castración [significa] reducción del cuerpo propio al cuerpo propio" (Merleau-Ponty, 2012: 26). La castración revela la experiencia de la diferencia respecto del otro así como la aceptación de lo prohibido y permitido en el orden humano.

La sexualidad, que desde los principios de la vida se desplegaba sin mayores perturbaciones —como para Freud lo atestiguan manifestaciones tales como el chupeteo— sufre, en determinado momento de su desarrollo, "una progresiva sofocación" (Freud, 2013: 160). El diferimiento de las mociones pulsionales, la desexualización de la energía libidinal indican el comienzo de un periodo de latencia, normal en la conducta sexual de ese período. Esta interrupción de la sexualidad infantil no dejó de llamar la atención de Freud, por cuya constatación le reconocerá a la sexualidad una "vía oscilante de desarrollo" (Freud, 2013: 160). A su juicio, la elección de objeto se realiza a través de un desvío o en dos tiempos, en el que las mociones pulsionales infantiles, aun cuando deban renunciar a sus primerísimos objetos libidinales, establecen el paradigma de la elección adulta. Conocida es su tesis según la cual el hallazgo o encuentro del objeto sexual definitivo es "propiamente un reencuentro" (Freud, 2013: 203).

El siguiente proceso puede reclamar el nombre de típico: la elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual (Freud, 2013: 181).

Merleau-Ponty lee la deriva del complejo de Edipo y de las investiduras comprometidas en él, como una “institución fallida”, una “no-institución”, y como la “preparación de un desvío” (Merleau-Ponty, 2012: 27). A su juicio, este período de latencia es “*una fase propiamente humana*” (Merleau-Ponty, 2012: 28), porque pone de manifiesto que esa institución, en principio fallida, no supone fijación definitiva a un objeto sexual canónico, sino que, aun cuando haya fallado, tiene un valor de “matriz simbólica”, esto significa que se presta a ser reanudada y continuada. El complejo de Edipo se revela como un “momento fecundo”, como el establecimiento de una pregunta, de una búsqueda del deseo cuyas posibilidades de respuesta son ilimitadas; “así el hombre se encuentra a la vez más ligado a su pasado y más abierto a su futuro que el animal. Futuro por profundización del pasado, momentos fecundos [...]” (Merleau-Ponty, 2012: 28). En este sentido se comprende que el complejo de Edipo sea una “institución prehistórica”, porque funda las condiciones para la emergencia de una búsqueda infinita, de una historia del deseo no determinada ni por la especie, ni por el cuerpo ni tampoco por la cultura.

La pubertad señalará el tiempo de una reanudación del drama edípico. Si el complejo se caracterizaba por la anticipación de la sexualidad, la pubertad supondrá la regresión o reanudación del problema planteado por el Edipo, un nuevo impulso del deseo y no, como se lo creía con anterioridad a Freud, la emergencia del impulso sexual en el humano. Esto pone de manifiesto que si la pubertad es institución de la sexualidad adulta —elección “de un objeto que sea objeto: [un] viviente del otro sexo exterior a la familia” (Merleau-Ponty, 2012: 27)—, sólo lo es en cuanto reasume, como para continuar, una institución precedente. El momento de confluencia entre esta anticipación prepuberal y la regresión puberal funda un presente pleno, ni anticipado ni retrasado, sino “que está a tiempo” (Merleau-Ponty, 2012: 6).

La institución humana: integración en cadena, torbellino donde todo converge, al cual todo llega; Deckung [coincidencia, recubrimiento] de una anticipación y de una regresión, e *instauración de un ahora verdadero y pleno*.

[La institución humana] retoma siempre una institución predada, que ha formulado una pregunta, [...], que era su anticipación y que fracasó. Ella reactiva este problema y reúne finalmente los datos en [una] totalidad centrada de otra manera. (Merleau-Ponty, 2012: 28). (cursivas del autor)

La institución humana no puede entonces pensarse como un instante, un ahora aislable en una linealidad temporal. Por el contrario, atestigua un “cuasi-eternidad, [porque hay] intercambio de mis tiempos vividos entre ellos, identificación entre ellos” (Merleau-Ponty, 2012: 6), lo que Merleau-Ponty entiende como una “transtemporalidad originaria”. La institución no repite el pasado, éste no la determina, ella no se encuentra en él en estado germinal. Ni repetición ni creación pura, la institución es lazo con un pasado que orienta, que llama, y exige ser continuado. Si la institución humana no es aislable como un ahora limitado es porque siempre es “fragmento de una historia” (Merleau-Ponty, 2012: 28). Es conservación del pasado, pero ni como memoria ni como olvido, y es también su superación; “la institución verdadera de la pubertad [es el] pasado reenviado a su lugar, [el] futuro verdaderamente abierto al individuo [...]. La institución condensa y abre a un futuro. No es mera impronta, sino impronta fecunda” (Merleau-Ponty, 2012: 29).

El vínculo indisociable entre pasado y porvenir, entre la sexualidad infantil y la adulta es lo que le permite afirmar a Merleau-Ponty que “todo el amor está en cada amor” (Merleau-Ponty, 2012: 9). Todo el amor, porque el modo de ser del vínculo amoroso en una subjetividad es reasumido, desde su momento germinal pregenital y edípico y transformado bajo la elección de objeto definitiva. Hay libertad en el amor, en la elección que éste supone, pero nunca es incondicionada. La libertad es la capacidad de reasumir y transformar una situación para dotarla de un sentido nuevo. Por eso, respecto de la pubertad, Merleau-Ponty señala que “puede ser permanencia de un ritual o institución verdadera. Y esto depende de cómo ha sido el Edipo inicial: patológico o formador” (Merleau-Ponty, 2012: 9). La transtemporalidad originaria, el intercambio permanente entre los tiempos vividos, en nada impide y más bien explica aquellos comportamientos que, desconociendo el tiempo presente, parecen responder a situaciones pasadas. Como si incapaz de elaborar la situación y continuarla, clausurara su porvenir y mantuviera su existencia aferrada al pasado. Tal por ejemplo el caso, que Merleau-Ponty retoma en *Fenomenología de la percepción*, de aquella joven que incapaz de aceptar la prohibición impuesta por su madre de ver a su amado, pierde de pronto la voz. La afonía expresa la regresión a un modo pretérito de comportamiento, como si el sujeto incapaz de resolver la situación finalmente optara por sustraerse de ella.

El movimiento de la institución con sus momentos de anticipación, reanudación y continuación es semejante al que Merleau-Ponty, en sus cursos de la Sorbona, le reconocía a todo proceso de desarrollo. Ya por entonces enfatizaba el hecho de que éste no podía reducirse ni a una maduración endógena ni a ser reflejo de condiciones exteriores, sino que debía comprenderse como un movimiento dinámico en el cual los procesos biológicos o el medio ambiente no son sus causas sino más bien aquello que lo induce o motiva. El desarrollo se produce como búsqueda de reequilibrar, re-centrar un estado de desequilibrio previo. Si bien éste puede ser suscitado por factores corporales, estos no llevan nunca pre-trazada la dirección que habrá de asumir. Así, por ejemplo, en la pubertad las transformaciones corporales generan un desequilibrio, pero bajo la forma de "una fuerza vaga, ciega, incapaz por ella misma de conducir a un estado nuevo, la exigencia de cierta superación" (Merleau-Ponty, 200: 278). Es necesario que haya "retoma humana del acontecimiento fisiológico" (Merleau-Ponty, 2001: 278). La maduración biológica crea un desequilibrio ciego que induce a un desarrollo psíquico que haga al sujeto capaz de asumir el rol para el cual su organismo ya está preparado. La regresión de la pubertad implica cierto destiempo entre lo psíquico y lo fisiológico. Si en el Edipo el niño asumía un rol que aun su organismo no podía llevar, la pubertad revela un cuerpo presto pero la persistencia de conductas infantiles. La necesidad de elaborar sea los impulsos corporales como las exigencias culturales, ponen de manifiesto que el desarrollo, ni causante ni causado, es más bien un movimiento que se abre camino a sí mismo.

El niño crea su desarrollo bajo la dirección de la cultura ambiente. Es el proceso mismo el que se relanza y, a cada adquisición, llama a un nuevo desarrollo. El desarrollo no está inscripto *a priori*, en una naturaleza completamente hecha, tampoco surge *ex nihilo*, sino que progresá de *Gestaltung* en *Gestaltung*, como un escritor crea poco a poco su lenguaje (Merleau-Ponty, 2001: 282).

El "momento decisivo del desarrollo", señalaba Merleau-Ponty en sus cursos en la Sorbona, es aquel en el que es posible asumir un rol social reasumiendo a la vez las exigencias corporales. Se trata de una reestructuración, llamada por el desequilibrio que crea tanto el cuerpo como el ambiente cultural, una elaboración de estas situaciones que conducen a la emergencia de un nuevo tipo de vida, de nuevas relaciones. El fracaso de la fase precedente genera un desequilibrio que llama por sí mismo a las transformaciones necesarias para su restauración.

Este vínculo entre la dialéctica del desarrollo y la de la institución invitan a señalar, a partir de una lectura retrospectiva, el modo en que la exigencia de una reflexión sobre la institución nace desde el interior del pensamiento de Merleau-Ponty. Así como él fue capaz de leerla como entrelíneas en los trabajos del psicoanálisis de Freud, resultaría posible realizar la misma operación considerando los trabajos del filósofo. Quizá así se pueda considerar que este curso, tomado como parte de la totalidad de su obra, es en sí mismo una institución, en cuanto hace explícita una problemática que ya estaba presente, le pone nombre y abre, de este modo, nuevas direcciones al pensamiento.

CONCLUSIÓN

El curso que Merleau-Ponty le dedicó al problema de la institución es sin duda uno de los menos accesibles a una lectura desprevenida. Posiblemente esto se deba a su carácter fragmentario o al hecho de no ser un texto dirigido expresamente a un público lector, sino más bien notas escritas con anterioridad a las clases impartidas en el Collège de France. Gran parte del pensamiento de Merleau-Ponty hay que reconstruirlo, haciendo el ejercicio de volver sobre esas notas para componer el conjunto de pensamientos a los que éstas llamaban y que seguramente el filósofo reponía en sus exposiciones.

Este ha sido el motivo por el cual, en un primer momento nos hemos detenido en la ubicación del problema de la sexualidad humana y del Complejo de Edipo en la estructura general del curso en cuestión. Se trataba de reponer las razones que guiaron a Merleau-Ponty a tomar este tema como un “problema para ser estudiado a partir de una institución” (Merleau-Ponty, 2012: 25), a la luz tanto de los problemas que le preceden —como lo son el desarrollo embrionario, el instinto y la impronta animal [*Prägung*]— como a los que contribuye a preparar —el lazo entre la historia personal y la pública. Si detenerse en cuestiones relativas a la animalidad le permitía a Merleau-Ponty identificar la especificidad de la institución humana, el recorrido por el pensamiento de Freud le servía, en cambio, para profundizar su convicción de que sólo una filosofía capaz de superar los dualismos en los que se había encorsetado el pensamiento podía hacer comprensible tanto el desarrollo biológico y psicológico como la historia misma. De allí que fuese posible afirmar que la lectura que Merleau-Ponty ofrece del Complejo

de Edipo y del desarrollo de la sexualidad se propone dotar al psicoanálisis de la filosofía a la que éste apunta siempre, pero si llegar a desarrollar: una filosofía de la institución.

Una vez ubicado en la cartografía general del curso, se vio cómo el Complejo de Edipo le permitía a Merleau-Ponty estudiar la temporalidad propia de la institución humana. Sus etapas —asexualidad pregenital, Complejo de Edipo, latencia y pubertad— mostraban la imposibilidad de pensar la sexualidad bajo una temporalidad ya preestablecida por un programa biológico. Si la sexualidad es institución es porque tiene una racionalidad interna que escapa a las alternativas oposicionales entre lo somático y lo psíquico y que obliga a pensar en su entrelazamiento constitutivo. En este sentido las fases de Complejo de Edipo expresan el movimiento mismo de la institución —un pasado que crea una pregunta, un acontecimiento matriz cuya productividad es indefinidamente abierta— y una temporalidad que no es lineal, sino que implica un intercambio entre los tiempos vividos, su reanudación y su continuación. El momento edípico es el de una sexualidad que anticipa la maduración orgánica, que es imaginaria y que contradice los límites impuestos por la cultura —la prohibición del incesto. Pero, tras un período de latencia —una suerte de desvío— ésta es reasumida en la pubertad entendida como el despliegue de un nuevo impulso del deseo y no como —como se la creía antes de Freud— el momento de emergencia de la sexualidad en el humano.

El Edipo es institución porque abre una búsqueda del deseo propiamente humana, anticipando el porvenir sin determinarlo. El pasado se conserva, no a título de un acontecimiento clausurado y limitado en el tiempo, sino como una matriz que permite una productividad indefinida.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, S. (2013), "Tres ensayos de teoría sexual", *Obras Completas tomo VII*, Buenos Aires: Amorrortu.
- MERLEAU-PONTY M. (1973), *Signos*, Barcelona: Seix Barral.
- , (1995), *La Nature. Notes cours du Collège de France*, Paris: Édition du seuil.

- , (2001), *Psychologie et pédagogie de l'enfant, cours de Sorbonne 1949-1952*, Francia: Verdier.
- , (2012), *La institución en la historia personal y pública, Notas de cursos en el Collège de France, 1954-1955*, Barcelona: Anthropos.